

orientación del momento presente, ante las señales inequívocas de próximos conflictos y ante la diversidad de programas y banderas ha encauzado todas sus preocupaciones a la revisión de los valores económicos y políticos que han de definir una nueva organización social.

Acrescenta de una manera efectiva y sincera el menguado caudal en defensa de la causa del indio que es el ideal de América, sintetizado por Pío Jaramillo Alvarado en la abolición de todas las esclavitudes.

Ensayo de colaboración en las fórmulas económicas, jurídicas y políticas, para comprobar, una vez examinados los factores, hombre, tierra y trabajo, que el hombre en su expresión étnica indígena y apesar de constituir una clase social mayoritaria está esclavizado.

No se limita al proceso localista de una inquietud social sino que aspira a llevar a todos los rincones de América su profundo sentimiento de justicia por los derechos y el dolor del indio.

Carlos Martín

LOGICA

Por Francisco Romero y Eugenio Pucciarelli

Francisco Romero, profesor de filosofía y genealógica en la Universidad de Buenos Aires, es la figura a quien más debe la especulación argentina en los últimos lustros. Como casi toda decidida vacación filosófica, ha abandonado los primeros pasos de su querer juvenil para ingresar en el dominio del saber desinteresado. En los primeros tiempos perteneció a la armada de su país, dejando luego allí su puesto de capitán, para recorrerlo dentro de la cultura filosófica que ahora propugna. Es Romero un admirador de las corrientes contemporáneas de aquella ciencia, y su posición

puede precisarse si se tiene en cuenta que acoge con resuelta admiración las tendencias que van de Dilthey a Scheler, pasando por Edmundo Husserl.

Su influencia se manifestó tanto en la cátedra como en la prensa y el libro. Ha divulgado con éxito la filosofía de Guillermo Dilthey —el Hegel de los días actuales— y ha estudiado y publicado en el ambiente intelectual de la Península Ibérica un admirable ensayo sobre Nicoloi Hartmann, considerándolo como un filósofo de la problematicidad. Recientemente entregó a la circulación un folleto sobre la filosofía de la

persona, y además de sus artículos sueltos en "La Nación", trabaja en estudios preliminares para reediciones de las obras de la "Revista de Occidente". No es bien fácil definir con precisión absoluta el lugar que ocupa Romero en la diversidad de escuelas con que ahora contamos. Tampoco es fácil que se adquiera cuando sólo se llega a ser un crítico filosófico, por muy alto que sea el nivel y muy digno de estimación que sea una en cuanto crítico. Pero, si consideramos las mentes que rigen con más tenacidad nuestro espíritu, es posible que nosotros estemos donde están esas mentes. Modificando un poco el aforismo de Fichte, tan cierto en filosofía, dime tus preferencias y te diré quién eres. Por esta razón no es una aventura situar a Romero dentro de las tendencias antipositivistas que corifean las mismas figuras bajo cuya influencia lo hemos considerado. Lo propio debemos decir de su amigo Eugenio Pucciarelli, y de otro gran crítico argentino como Aníbal Sánchez Reulet.

En el nuevo libro que acaba de publicar en colaboración con Eugenio Pucciarelli, vemos claramente confirmado nuestro aserto. Se trata de una Lógica que viene a renovar por completo los puntos de vista con que se llevaba a cabo esta clase de trabajos. La enseñanza en la Argentina da así un paso adelante con relación a lo estatuido anteriormente, contra la lógica de carácter meramente aplicado y experimen-

tal. Eran los vestigios de la pasada centuria, que se conservaban como verdaderas conquistas en la Universidad. Cuenta Carlos Alberto Erro que cuando José Ortega y Gasset fue a la Argentina —no hace mucho tiempo— se quedó asombrado de que todavía se siguiera allí el pensamiento de Spencer. Precisamente cuando ya hacía tiempo en las universidades europeas y en todos los círculos respetables de la cultura occidental se conquistaba una altura eminente de superación al siglo XIX.

La Lógica de Romero y Pucciarelli es un trabajo completo. En cierto modo agota la materia, si no elevando a sus últimas consecuencias los temas de que trata, si planteando todo el vasto conjunto de su problematicidad, y dejando abiertos grandes interrogantes acerca de esos problemas. Como gustaba hacer Sócrates, como prefería poner en práctica Kant —según sus propias palabras— más que enseñar filosofía le interesaba enseñar a filosofar. Pero no se enseña a filosofar si, como lo hace la Lógica de Romero, no se replantean los problemas y se indican los diversos modos de solución. Otras veces precisa una mera sugerencia del tema en cuestión. No de otra manera realiza Romero su tarea. Desde la lógica de las ciencias naturales, que se encuentran hoy haciendo todo lo posible por modificar sus fundamentos, hasta la lógica de la matemática y la lógica de las ciencias del espíritu apa-

rece en la páginas de este libro un amplio radio de acción de esta parte de la filosofía. Para ser un tratado sin olvido de nada interesante en la materia, se investiga en él tanto la lógica metodológica como la lógica fundamental. Existe al respecto una marcada preferencia de Romero y de Pucciarelli por la última, siguiendo la dirección de Husserl, de Bolzano y de Pfander. Por lo tanto, se toma una línea que no procede del siglo pasado, sino que por el contrario se interrumpe en él, para vincularse a las fuentes primeras de donde partieron las investigaciones lógicas de Husserl. Después, arranca esta línea de la lógica de Bolzano hasta entroncar en la de Pfander, de la cual poseemos una excelente traducción en castellano. Si se pregunta por las diferencias entre el siglo pasado y lo que corre del presente, en relación a esta disciplina, la respuesta la encontrará el lector en la introducción que Romero pone a su obra. Aunque no se exponen allí las razones de las preferencias por la lógica metodológica, queda fácil verlas en la absorción de las ciencias del espíritu por las ciencias naturales que inútilmente llevó a cabo el siglo anterior. La lógica metodológica, fiel a su tendencia a no ver en los pensamientos más que un elemento que hacía una intención a los objetos —un contenido intencional— dejó a un lado la importancia que esos pensamientos podían tener como simples estructuras. La nue-

va faz de las investigaciones lógicas, la faz propiamente científica, procede, como veremos en otra nota que pensamos dedicar a la obra de Romero, de manera totalmente opuesta. Por eso significa un período de contraposición a la lógica aplicada o, como se le llama más propiamente, lógica metodológica.

En la reciente categoría y dignidad que ha adquirido la lógica general se encuentra la causa del prestigio con que se vuelven a incorporar a la historia del pensamiento los tratados de Bolzano y de Honecker. A esto mismo se debe atribuir el declinar de la lógica de Mill, de Sigwart y de Wundt. Aunque los últimos representantes de la lógica metodológica que acabamos de nombrar se colocan en una actitud de prudencia con respecto a la nueva ciencia del pensamiento, es el caso —como advierte Romero— que nada ha envejecido tanto como la lógica metodológica del pasado siglo.

Se le dedica en el tratado que comentamos una parte interesante a los problemas del valor gnoseológico: Aún siendo tan distintos los planos en que se mueven estas dos clases de cuestiones, la formulación única de los primeros daría la sensación de algo incompleto. En verdad que nada hay más averiguado que los problemas del valor gnoseológico que no pueden ser resueltos ni por la lógica como ciencia ni por la psicología. Sin embargo, nada tampoco se vió tan tarde como esto. Sólo en San Agustín, el filósofo antiguo

que más cerca se encuentra a los tiempos nuevos, logramos entrever como en alborada la formulación del problema. Después hubo que esperar hasta Kant para formularlo en toda su plenitud y problematicidad. Hoy contamos ya con una inmensa bibliografía sobre la posibilidad y formas del conocimiento. Más aún, contamos con la teoría del realismo crítico, que va siendo un capítulo aparte dentro del saber filosófico. Romero confiesa en este dominio igualmente una influencia. Es la del gran pensador Nicolai Hartmann, cuya

personalidad estudió el autor hace pocos años, y una de las cabezas que más prestigio han dado a la filosofía fenomenológica.

Incitamos a la lectura de la obra de Romero, del mismo modo que él incita en ella al planteamiento original de los problemas y a la persecución de los temas que aparecen allí. Ninguna oportunidad como la presente para introducirse en la filosofía, e ir preparando lo que pedía en América el grito de Ortega: una general estrangulación del énfasis.

Rafael Carrillo

Ubicación de Alfonsina

Por Eduardo González Lanuza

Con este mismo título escribe Eduardo González Lanuza; en algún número de la revista de Victoria Ocampo, un comentario desolador sobre lo que él llama "la impureza poética de Alfonsina Storni". Eduardo González Lanuza tiene un puesto de excepción como cultivador de crónica literaria. Pero nadie puede impedir que, de cuando en vez, el juicio se le llene de viento. Por esta ocasión, al hablar de Alfonsina, el crítico ha caído en dos lamentables equivocaciones: pretender situar al poeta desde un apasionado punto de observación y

volver sobre el manoseado tema de la "poesía pura".

Es conveniente, ahora que la crítica tiende a establecer jerarquías estéticas, basadas en la estricta elección de vocablos, aclarar hasta dónde una poética puede juzgarse por la expresión verbal, por el elemento decorativo. De un tiempo acá se han venido menospreciando todas aquellas formas que no entrañaban una selecta escogencia de "valores fijos", de giros depurados y exactos. El miedo a la escoria, a los relleños, a las muletas del verso, —miedo justo— trajo como con-

